







# El nacimiento del monstruo

VERANO DE 1816 EN VILLA DIODATI





# El nacimiento del monstruo

VERANO DE 1816 EN VILLA DIODATI

Textos de Difusión Cultural



Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

México, 2016

Edición no venal

Primera edición: octubre de 2016

D.R. © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán  
C.P. 04510 Ciudad de México

D.R. © Roberto Coria, Vicente Quirarte, Hernán Lara Zavala,  
Bernardo Ruiz y Rosa Beltrán

Diseño de portada y colección: Roxana Deneb  
y Diego Álvarez

ISBN: 978-607-02-8474-8

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

*Impreso y hecho en México*

## Presentación

El 16 de junio de 1816 se llevó a cabo uno de los encuentros definitorios para la novela gótica o de terror: esa noche, el poeta Lord Byron retó a sus acompañantes —Percy B. Shelley, Mary Shelley y John William Polidori— a crear una novela capaz de helar los huesos. Reunidos en la mansión rentada por Byron, en Villa Diodati, los participantes aceptaron este desafío que, a la postre, daría origen a dos obras trascendentales para la literatura: *The Vampire* de Polidori y *Frankenstein* de Mary Shelley.

Con el propósito de conmemorar ese encuentro, la Dirección de Literatura, Descarga Cultura y Universo de Letras reunieron a cuatro escritores mexicanos para que, mediante la lectura de monólogos escritos por ellos, dieran nueva vida a los personajes reunidos hace dos siglos en Villa Diodati: Rosa Beltrán encarnó a Mary Shelley; Hernán Lara Zavala a

Percy B. Shelley; Bernardo Ruiz a John W. Polidori y Vicente Quirarte a Lord Byron. Myrna Ortega, de Descarga Cultura, tuvo la idea.

Fue tal el éxito de la presentación magníficamente dirigida por Eduardo Ruiz Saviñón y presentada por Roberto Coria, que la obra volvió a montarse el día exacto en que se cumplieron los doscientos años de la velada, el 16 de junio de 2016, en la sala Carlos Chávez del Centro Cultural Universitario.

Este libro reúne los monólogos leídos durante las presentaciones, para que sean ahora los lectores quienes revivan el encuentro de ese “cónclave legendario”, que marcaría la historia de la literatura para siempre.





© Paola Hernández.

Roberto Coria (Ciudad de México, 1973). Estudió Diseño Gráfico en la UNAM. Es especialista en literatura y cine de horror. Ha impartido cursos como “El mito del vampiro en la literatura y el cine” o “La figura monstruosa en la Inglaterra victoriana”, además de conferencias sobre estas criaturas en reconocidos recintos y escuelas. Es autor de las obras de teatro *Renfield, el apóstol de Drácula* (2013) y *El hombre que fue Drácula* (2007), así como de numerosos artículos. Es asesor literario del Festival Internacional de Cine Fantástico y de Terror. Desde 1995 trabaja como perito en Arte Forense para la Procuraduría de Justicia de la Ciudad de México.

# *Frankenstein*

## El nacimiento del monstruo

ROBERTO CORIA

Hablemos del escenario de nuestra historia. La erupción del Monte Tambora en las Indias Orientales, en la primavera de 1815, sumió al continente europeo en una oscuridad que inspiró el poema homónimo de uno de nuestros protagonistas. Esto hizo que 1816 fuera conocido como “el año sin verano”.

El mes de mayo George Gordon, sexto barón de Byron, poeta esencial del Romanticismo británico, llegó a la comuna suiza de Cologny, en la cercanía del lago Lemán, y rentó el caserón conocido como Villa Diodati —que perteneció al teólogo del siglo XVIII Giovanni Diodati— con la intención de convertirlo en su hogar vacacional.

Lo acompañaba su médico personal y secretario John William Polidori.

En ese momento se encontraban en la región sus paisanos el joven poeta Percy Bysshe Shelley, la amante de Shelley, Mary Wollstonecraft Godwin y su hermanastra Claire Clairmont.

En algún momento sus caminos se cruzaron. Byron se convirtió en su anfitrión en una serie de tertulias cuya naturaleza nunca ha sido completamente precisada. Lo cierto es que abundaron los placeres físicos, los juegos y las discusiones sobre literatura, política, filosofía y los avances científicos de la época.

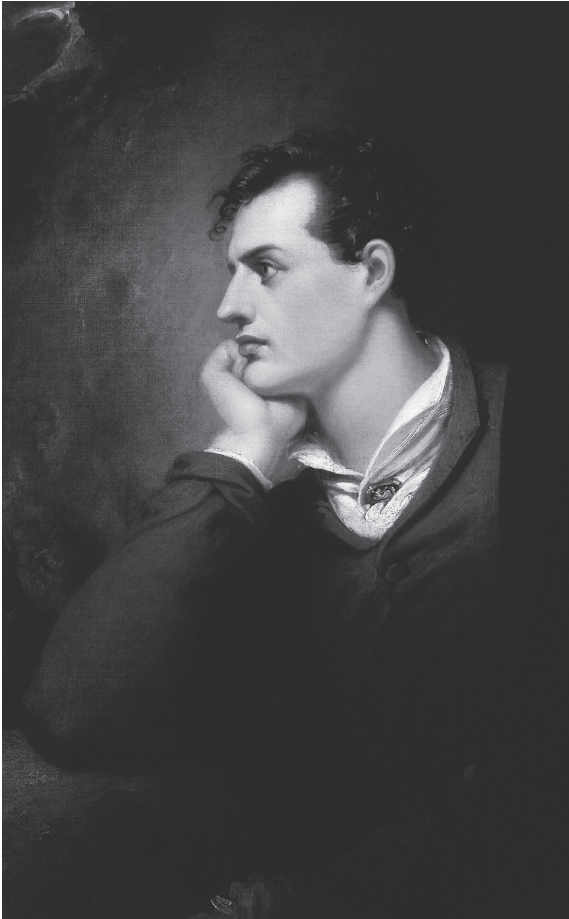
Como un divertimento, Lord Byron propuso la lectura a la luz de las velas, en la noche tormentosa del 16 de junio, de cuentos del libro *Fantasmagoriana, o recopilación de historias de aparecidos, espectros, revinientes y fantasmas*, editado originalmente en Alemania tres años atrás. Al terminar, el poeta retó a los presentes a componer su propia historia terrorífica, “una que helara la sangre”.

De los cuatro convidados, sólo dos –los más jóvenes e inexpertos en el mundo de las letras– respondieron al desafío y engendraron

sendos relatos poderosos e imperecederos, que poseen lecturas inagotables en nuestros días, y que nos sucederán a todos: Mary creó *Frankenstein o el moderno Prometeo*, publicado en 1818, y Polidori escribió *El vampiro*, aparecido dos años después.

Cedo la palabra a los integrantes de este cónclave legendario.





Richard Westall, *George Gordon Byron, 6th Baron Byron*, s.f.

Vicente Quirarte (Ciudad de México, 1954). Poeta, narrador y ensayista. Obtuvo el doctorado en Letras Mexicanas por la UNAM, donde actualmente es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y también profesor en la División de Estudios de Posgrado. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Real Academia Española y del Colegio Nacional. Ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia, el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde y el Premio Universidad Nacional para Jóvenes Académicos. Es autor de más de sesenta y cuatro libros, entre los que destacan *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* (2014), *La invencible* (2013) y *Razones del samurái* (2000).



# Lord Byron

VICENTE QUIRARTE

Nos llaman el monstruo. Aunque seamos hermosos, monstruos somos aquellos que nos salimos de la norma, los que aspiramos a la grandeza y a la eternidad. Antes de instalarme en Villa Diodati quise conocer el campo de batalla de Waterloo, donde aún estaban humeantes las bocas de los cañones de la batalla que echó definitivamente por tierra los sueños de Napoleón Bonaparte. Si la Bestia, como sus enemigos lo rebautizaron, llevaba consigo todo lo necesario para que la vida en campaña fuera como estar en casa, yo viajo con un carruaje lleno de todo lo que hace de cada día de la semana una obra de arte. Viajo, por supuesto, en compañía de mis animales que sólo por convención llamamos irracionales, pues reúnen todas las virtudes humanas y ninguno de sus defectos.

Yo, George Gordon Lord Byron, señor de la primera persona, amigo de Satán y retador del cielo, voy a vivir para siempre. Como otros grandes, puedo arrasar, conquistar, pasar por encima de todas las convenciones de la especie humana. Ir más allá de los versos que me justifican. Acabar con la vida para ser digno de ella y hacerla un proyecto verdaderamente hermoso, alto e invencible.

Aunque la derrota napoleónica fue obra de mis coterráneos ingleses, no por ello me resultan dignos de admiración. Los detesto por su hipocresía, su falso pudor, su falta de agallas para llevar a cabo —o asumirlas— todas las transgresiones de las que me envanezco: nadar en mar abierto, cometer incesto y adulterio, vivir en una abadía abandonada por los hombres pero poblada por fantasmas, donde bebía de una copa hecha con la calavera de un humano. Comer sólo lo necesario para subsistir en el planeta.

Me confieso ególatra y soberbio. No puedo y no debo ser de otra manera. Si los señores de

la guerra no tuvieron prejuicios, tampoco debe tenerlos quien en otro terreno quiere cambiar la vida. "Mientras escribí los excesos y absurdos que han deformado el gusto del público, me han aplaudido como un eco; hoy, en cambio, cuando en los últimos tres o cuatro años he dado a luz cosas que no se deberían 'dejar morir' (como dice Milton), toda la piara ronca y gruñe y se revuelca en sus inmundicias. Sin embargo, es justo que yo deba expiar mi culpa por haberlos corrompido, puesto que nadie más ha contribuido más que yo, con mis primeras obras, a producir aquel sueño exagerado y falso."

Ginebra. Sus cuarenta mil habitantes deben de estar felices de verse libres de la dominación francesa. Sin embargo, el único periódico de esta ciudad insignificante, la *Gazette de Lausanne*, dedicó un renglón a mi presencia en esta ciudad cuando debía enorgullecerse de que en ella se instalara el más importante poeta de este mundo. Suiza es un mezquino, egoísta y sucio país de brutos, situado en la región más romántica del mundo. No soporto a sus habitantes, y menos

aun a sus turistas. No conozco ningún otro lugar con excepción del infierno donde me sentiría inclinado a convivir con ellos.

Los ingleses. Los detesto a todos, excepto a mis amigos los Shelley, particularmente a Percy, ese poeta en quien comprobé que el fuego reconoce al fuego. Alguien que concluye y lleva a la práctica la idea de que "los poetas son los legisladores desconocidos del mundo" debía ser mi hermano para siempre. El poeta debe arder como hoguera. Iluminar como ella o morir en el intento. Lo mismo su amante Mary, silenciosa como una piedra. Como las piedras, sabia y eterna. Cuando le pregunté por los motivos para haber escapado con Shelley, me respondió, luego de meditarlo, con cuatro palabras lentamente pronunciadas: "Amor, Juventud, Miedo y Valentía".

Este verano de 1816 ha sido, en el lago y sus alrededores, pródigo en tormentas. Imposible para los habitantes de Villa Diodati, como lo habíamos venido haciendo, salir a volar cometas y poner a prueba los experimentos que con

la magia tangible de la electricidad llevábamos a cabo los nuevos hechiceros. La noche del 16 de junio, la energía de los elementos congregados en el cielo era tan intensa como aquella que en tierra concentrábamos los lectores de *Fantasmagoriana, ou Recueil d'histoires d'apparitions de spectres, revenants, fantômes, etc.*

Siempre proclive al desafío, propuse que los cofrades no sólo tembláramos ante historias ajenas, sino que nos atreviéramos a intentar una nueva. Fue el miedo a no tener miedo el que me llevó a provocar en mis contertulios la ejecución de un ejercicio. Me gusta provocar, asustar, y mis amigos eran los imanes más proclives a ser los pararrayos de la gloria o la desgracia.

Pequeño y modesto nunca lo he de ser. Nací para convulsionar al mundo, y debo ser fiel a ese mandato. Amo el amor, tanto como amo la libertad, y a esa bendición maldita voy a ser fiel toda la existencia. Buscar en el otro la eternidad nunca saciada. Vampiro de la vida, voy a beber de su fuente hasta nunca saciarme.

No por eso soy lo que puede llamarse convencionalmente un hombre feliz. Quiero vivir así, en combustión permanente. Sólo el movimiento disipa, momentáneamente, la tortura mayor de haber nacido.

Ni el fragor de las batallas,  
ni el torrente, ni la montaña,  
ni el ventisquero, ni el bosque,  
ni la nube, han aliviado  
un solo instante el peso  
que me oprime el corazón,  
permitiéndome ahogar  
el recuerdo de mí mismo en la majestad,  
en el poder y en la gloria  
de todo lo que me rodea.

El corazón. Escribo esta palabra y me estremezco. Todo está en el corazón y de él parten la vida y sus pasiones. Hay que rasgar la piel y vulnerar el alma, y que la impecable articulación de la palabra nos purifique. Lanzar un poema al mundo, procrear ese hijo desobediente y

dejarlo caminar con sus propios medios, armar una bomba contra el tiempo que borrar  los nombres de sus protagonistas pero nunca la intensidad de sus pasiones.

El coraz3n de Shelley será la última parte de su cuerpo y la primera. Mi coraz3n latir  en otros pechos porque habrá de morir de pie. Es de noche en Villa Diodati. Las nubes se reflejan en la tersura del lago y laten los corazones de los dormidos que mañana volverán a su plena existencia.  Plena existencia? El hombre es un miserable en la vigilia y un Dios cuando se entrega al sueño. Los corazones de varios de quienes aquí duermen latir n toda la vida. Al menos dos siglos y más allá del tiempo.







Alfred Clint, *Percy Bysshe Shelley*, 1819.

Hernán Lara Zavala (Ciudad de México, 1946). Es narrador, ensayista, editor y catedrático. Es maestro en Letras Españolas por la UNAM y en estudios sobre la novela por la Universidad de East Anglia, en Inglaterra. Ha sido distinguido con los premios Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska, Latinoamericano de Narrativa Colima, y Nacional de Literatura José Fuentes Mares, entre otros, así como con el doctorado *Honoris causa* otorgado por la Universidad Autónoma de Campeche. Entre sus libros destacan *El guante negro y otros cuentos* (2010), *Península, península* (2008), *Equipaje de mano* (1995) y *Charras* (1990). Sus cuentos han sido incluidos en numerosas antologías y han sido traducidos al portugués, inglés alemán y francés.

# Percy B. Shelley

HERNÁN LARA ZAVALA

Díganme Shelley, por favor, Percy B. Shelley o Shilo, como me dice aquí, mi buen amigo Byron. También me pueden llamar Shelley el loco, el ateo, el revolucionario, rey de los elfos, de las hadas, Oberon, el cristalino, el ángel malo o de la muerte (*la cual siempre me ha acompañado a lo largo de mi breve vida: Harriet, Isanthe, Fanny, William...*). Ahora, si lo prefieren, díganme simplemente Ariel o Prometeo. Soy todos y más aún.

Tuve la desgracia de ser nieto de un *baronet*, Sir Bysshe Shelley. Supongo que ustedes *no* ignoran lo que eso significa en Inglaterra, pero para mí ha resultado una verdadera monserga. Supuestamente soy rico, noble y aristócrata: de buena familia, fortuna y educación. Pero rico sin dinero, no como tú, mi querido George. No tengo dónde caerme muerto y siempre me encuentro en la quinta pregunta pero, eso sí,

trato de ayudar a todos mis amigos —la mayoría deudores— aunque los agiotistas me agobien esperanzados en que algún día recibiré mi herencia. Ahora sólo sobrevivo gracias a la fama de mi familia.

Soy delgado, frágil, alto, aunque un poco cargado de espaldas, de tez rosada, cabellos largos y alborotados, ojos azules y resplandecientes. Mi desorbitado y loco corazón bulle de energía y palpita al ritmo de la justicia, la poesía y la libertad. Y no obstante algunos dicen que soy el más apacible de los poetas, el menos egoísta y tal vez por eso algunos me consideran etéreo. Pero así nací: vivo peligrosamente, con coraje, apóstol de mi propia soledad. Mis territorios: lo alto de los cielos donde sólo vuelan las aves más intrépidas, los mares procelosos donde bogan frágiles embarcaciones, los fuegos infernales donde busco a Prometeo encadenado y los vientos huracanados que juegan con la muerte.

¡Espíritu salvaje que se mueve incesante,  
que destruye y preserva; *Oigan por favor oigan!*

Estoy, simple y llanamente, lleno de metáforas y metafísicas. Desaforado y dispuesto a enfrentar las más inverosímiles batallas o las más violentas tempestades, aunque dicen por ahí que tengo instintos suicidas. Tal vez porque —contrario a ti, querido Byron, consumado nadador— yo ni siquiera sé flotar, pero, al igual que tú, me fascinan el mar y la locura de la navegación. ¿Recuerdas aquel día en el lago de Ginebra que nos sorprendió una brutal tormenta a bordo del entonces *Don Juan*? Todo parecía indicar que nos íbamos a pique y ya te desnudabas dispuesto a lanzarte por la borda cuando me viste apaciblemente sentado en la barca con los brazos cruzados, impávido. Te echaste a reír a carcajadas.

Pero vayamos por partes: yo no soy más que el esposo de esta bella y talentosa mujer: Mary, mi Mary, mi auténtica esposa, que se jactaba de la feliz eufonía con que sonaban nuestros dos nombres: “Mary Shelley”, hija de mi preceptor William Godwin, así como de su madre, la luchadora y revolucionaria feminista Mary

Wollstonecraft: única hija de esos dos genios. Mi inolvidable Mary, mi gran mujer, con la que, a pesar de mi intenso fervor, me acusaron con todo tipo de calumnias pero tú, mi querida Mary, siempre confiaste en mí.

Estudí en Oxford, en University College, como mi padre, Sir Timothy Shelley, miembro del parlamento, rico e influyente en la política y en los negocios. Egresado de ese mismo *College* él me acompañó a Oxford y me abrió una cuenta en la principal librería de la ciudad para que yo tuviera crédito ilimitado y adquiriera libros, papeles, tinta y plumillas y, en caso dado, hasta pudiera publicar lo que me viniera en gana. Qué maravilla: un cuarto independiente en los claustros de una de las más ilustres universidades del mundo donde yo me sentía más que privilegiado y absolutamente libre para vivir a mis anchas: ir o no a los cursos, disponer de mi tiempo como me viniera en gana: leer, escribir y estudiar: literatura, filosofía, medicina, química, electricidad, mineralogía, la Biblia y la estricta configuración del cuerpo humano. Es-

taba interesado en indagar de dónde provenía la chispa de la vida para probar, de una vez por todas, la ausencia de Dios.

Debido a mi odio hacia la intolerancia, la burocracia y las ideas anquilosadas, leí *Political Justice* de William Godwin, libro que me cambió la vida. Bajo la influencia de Godwin me atreví a redactar y a editar un panfleto titulado *La necesidad del ateísmo*. Llegué a la librería de la Universidad cargado de mis ejemplares firmados bajo el seudónimo de Jeremy Stukeley y se los entregué al dueño para que los pusiera a la venta en la vitrina de novedades: costaba seis peniques.

Ateo: palabra provocadora, procaz y perturbadora acorde con mi propia personalidad. Por eso en el panfleto advertí: "Ya que el amor a la verdad es el único fin que ha llevado a la redacción de este pequeño tratado, el autor del mismo ruega... a aquellos lectores que encuentren alguna deficiencia en sus razonamientos... la den a conocer públicamente... tan pronta, metódica y francamente como su

libertad se los permita”. Y yo, cínicamente, sólo firmé: UN ATEO.

Mi panfleto hizo estallar una bomba contra la moral y las buenas costumbres de Oxford. Me llevaron a juicio. Fui expulsado de la Universidad cuando apenas tenía dieciocho años, lo cual conllevó, naturalmente, al rompimiento con mi familia que tantas esperanzas había depositado en mí. Y a partir de entonces mi padre se negó a darme un penique más en la vida. La gente empezó a llamarme Shelley el ateo.

Más tarde me aventuré a otra apología: “Manifiesto por los irlandeses”, con objeto de emancipar a los católicos, mejorar sus condiciones de vida y reivindicar su triste condición de explotados y sometidos. Fui personalmente a presentarlo a la Isla Verde. El resultado fue desastroso: una rechifla generalizada por parte de los irlandeses que lo último que deseaban era que un *noblecito* inglés viniera a decirles qué hacer.

Me casé a los diecinueve años. No por amor. Yo vivía en Londres. Era amigo de la familia de



Harriet Westbrook, chiquilla de dieciséis años, muy bien formada, de cabellos castaños y de hermosa carita cuyo padre quería obligarla a regresar a una escuela que ella deploraba. Harriet me confió que prefería morir antes de volver a la cárcel donde su padre la quería enviar. Para mí sacerdotes, matrimonio, políticos y reyes eran igualmente detestables. Consideraba el comercio y la religión católica las grandes taras de la humanidad. Detesto el egoísmo, provenga de donde provenga. Creo en el amor libre, la tolerancia y la justicia, como lo plasmé en mi poema *Queen Mab*.

Por eso ante la angustia de Harriet le propuse que nos largáramos de una vez por todas de Inglaterra, lejos de sus padres y los míos, aunque nos tuviéramos que casar. Ella tenía dieciséis años, yo diecinueve. Nos fugamos a Edimburgo y ahí celebramos nuestra juvenil boda entre los comerciantes de la ciudad que, al calor de los alcoholes, me advirtieron: "la costumbre aquí es que los invitados a la boda suban a medianoche a la habitación a bañar

a la recién casada con whisky”. A lo cual yo sólo respondí: “al primer cabrón que ponga un pie en nuestra alcoba le vuelo los sesos”.

Pero el amor llegó a mi corazón cuando te conocí, Mary Shelley. Harriet y yo íbamos con frecuencia a ver a tu padre en Skinner Street, para conversar y hablar de libros e ideas. Conocimos a tu madrastra y a tus medias hermanas, Fanny y Claire. En esa época tú estabas ausente: te habías ido a Escocia a pasar una temporada. Frequentábamos a tu familia hasta que un buen día tú apareciste: el mundo cambió para mí: hermosa e inteligente con ojos color avellana graves y dulces. Poseías belleza y heroicidad, lo que más me atrae de una mujer: delicada, seria, sensible, inteligente, culta y, aunque adorabas a tu padre, odiabas a su actual esposa. Te regalé mi *Queen Mab* que leíste con devoción. Por las noches frequentábamos la tumba de tu madre, Mary Wollstonecraft: ahí leíamos, conversábamos y meditábamos hasta altas horas de la madrugada. Nos enamoramos a pesar de que yo era casado y Harriet, mi esposa, estaba encinta.

Así que, una vez más, no encontré mejor remedio que fugarnos, con tu hermana Claire, primero a Francia y después a Suiza.

Fue durante ese verano que nos conocimos, mi querido Lord Byron: Byron el Peregrino, Don Juan, Manfred, Caín, mi amigo, mi prójimo, mi hermano: hicimos generación junto con nuestro Adonis, el sublime John Keats, el primero en morir y a quien pronto seguiríamos.

Fue en 1816, en el lago de Ginebra en Suiza, gracias a Claire que, interesada en ti, te mandó un anónimo que decía: "Estaré dispuesta a ofrecerle aquello que ha sido el apasionado deseo de mi corazón". Y tal cual: Claire acordó una cita contigo en las afueras de Londres y se hizo tu amante.

Tú, como yo, tuvimos que huir de Inglaterra. Yo, a causa de las deudas perennes con que mis acreedores me perseguían así como por el acoso de Harriet y de Godwin, aunque deliciosamente feliz de estar unido a Mary. Tú, de las impugnaciones de sodomía de las que te acusaba tu mujer, de tu consiguiente separación así como

del rumor de tu relación incestuosa con tu media hermana Augusta y claro: huyendo también de Claire (de quien ya estabas harto) y a quien no querías volver a ver en tu vida.

Éramos vecinos en Ginebra pero ni Mary ni yo te conocíamos aún, Georgie. Tú habías alquilado una residencia llamada Villa Diodati que alguna vez ocupara el gran poeta Milton. Venías acompañado por el doctor William Polidori que trabajaba como tu amanuense. Mary, su hermana Claire y yo, vivíamos en una casita de dos pisos que daba al lago, cerca de ustedes. Nuestro encuentro se dio un día que Polidori y tú remaban en el lago. Claire, muy pendiente de ti, los vio a lo lejos y aprovechó la oportunidad para pedirnos a Mary y a mí que saliéramos a dar un paseo por la playa. Desembarcaste mientras Polidori se hacía cargo de la lancha. Ahí nos presentaron a pesar de que ambos ya nos habíamos leído y sabíamos quiénes éramos.

Polidori sintetizó así nuestro encuentro: "Conocimos a Shelley el autor de *Queen Mab*: tímido, discreto, tísico: tenía veintiséis años

[me vio mayor de lo que realmente era] y estaba separado de su esposa. Viajaba con dos de las hijas de Godwin *poniendo en práctica sus teorías*". (Nunca te caí muy bien, Polidori.)

Tanto tú como yo, mi querido Byron, estábamos a la expectativa: yo un tanto formal, tú con cierta frialdad aunque esa noche me invitaste a cenar a solas contigo (no querías que se colara mi cuñada Claire). Escribías entonces el tercer canto de *Childe Harold's Pilgrimage* que te había hecho famoso de la noche a la mañana. Lo leí, lleno de emoción, debo confesarte.

Ese verano frente al lago navegábamos juntos durante el día y en las noches nos reuníamos a leernos historias macabras, sobrenaturales y de terror. Nos gustaban y nos inquietaban. Ahí se afianzó nuestra amistad y una noche de lluvia, mar, viento, oscuridad, frío, tedio, miedo y profunda curiosidad de repente propusiste, *my dear old Georgie*: "¿Por qué no escribimos cada uno de nosotros un cuento de fantasmas?".

A Mary le vino una idea de inmediato: imaginó a un joven que, tras largos años de estudio,

pudo crear a un monstruo dentro de su estudio. La revelación se iniciaba en el preciso instante en que ese extraño ser logró abrir un “indolente ojo amarillo...”. ¡El despertar del monstruo!, ¡he ahí la historia! ¡El inicio de una vida creada artificialmente por el hombre sin la intervención divina! Te llenaste de horror, querida Mary, pero a la vez la idea te obsesionó y te persiguió durante días y noches. William Polidori tuvo a bien escribir un relato llamado “El vampiro”, inspirado en una alucinación que me produjo la lectura de *Christabel*, el gran poema de Coleridge. Pero tu comentario, Mary, fue el siguiente: “El pobre Polidori escribió sobre una mujer que había sido castigada por mirar por el ojo de una cerradura y se le convirtió la cabeza en una calavera”.

Después de esa reunión cada quien se llevó consigo su idea para trabajarla. Byron integró su relato al poema *Mazeppa*, tú, Mary, habías pensado en principio en escribir un cuento breve pero te animé a que intentaras un relato más extenso y ambicioso. Te ayudé con las cuatro

cartas introductorias que abren la novela en una suerte de homenaje a mi poema favorito de Coleridge, *The Rime of the Ancient Mariner*. Lástima que tu novela se publicara hasta 1818.

Pero fuiste la única que cumplió cabalmente con la propuesta de Byron. Cuando en 1831 escribiste sobre la génesis de *Frankenstein*, mi muy amada Mary, te referiste a mí como “el compañero que no volverás a ver en el mundo”. (Yo, claro, ya estaba muerto.)

Titulaste a tu novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*: la rebelión de un monstruo contra su propio creador; como fue también el caso de Victor Frankenstein frente a Dios. A mí me evocaba la persecución del mal que se había convertido en una de mis obsesiones: había que perseguir al monstruo hasta los confines del mundo.

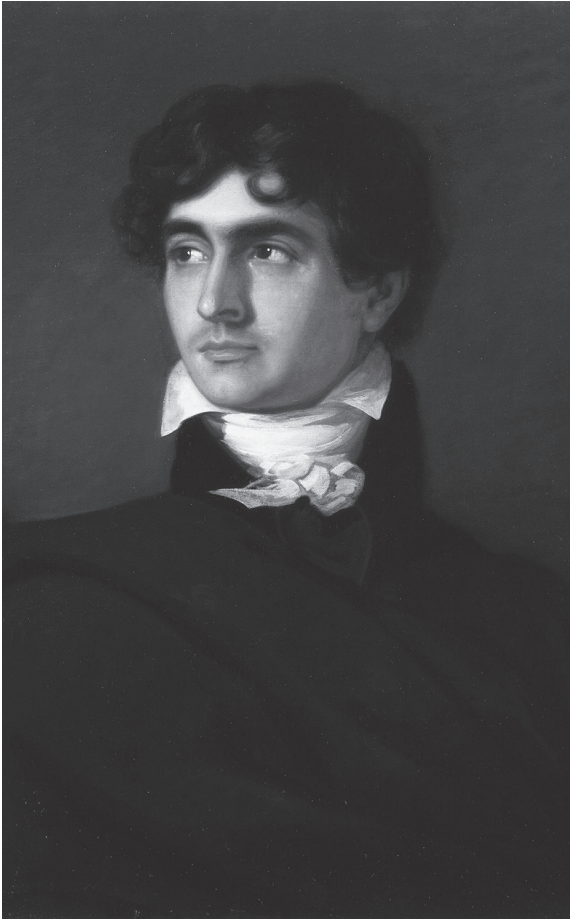
Hasta aquella aciaga y previsible tarde en que mi amigo Edward Williams y yo zarpamos a bordo del *Ariel* [antes *Don Juan*] en el Golfo de La Spezia, cerca de Livorno, donde nos sorprendió una tormenta que nos hizo naufragar.

Pasaron varios días antes de dar con mi cadáver. Byron se quedó totalmente horrorizado al ver mis restos: “parecen más la carroña de un cordero que el espíritu volátil de Ariel”. Fui incinerado y, cuenta la leyenda, mi corazón, de talla extraordinaria, fue lo último en consumirse. Byron se echó a nadar: “Vamos a probar —dijo retadoramente— las fuerzas de estas aguas” y se internó muchas millas mar adentro.

Al enterarse de mi muerte alguien escribió: “Shelley, el poeta, ha muerto. Ahora sabrá si hay Dios o no”.

Pero déjenme confesar, de una vez por todas, ahora que los mismos cuatro que estuvimos en Villa Diodati estamos aquí reunidos, entre las llamas del infierno: Mary escribió la novela pero Victor Frankenstein, el estudiante, y Frankenstein, el monstruo, víctima y victimario, soy yo.





F.G. Gainsford, *John William Polidori*, s.f.

Bernardo Ruiz (Ciudad de México, 1953). Es editor, crítico y traductor. Escribe cuento, poesía, ensayo, novela y teatro. Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Fue becario de Narrativa del Instituto Nacional de Bellas Artes en 1973. Estudió la maestría en Diseño y Producción Editorial en la UAM. Fue miembro del Sistema Nacional de Creadores Artísticos del FONCA (2000-2006). Ha publicado más de veinticinco títulos, así como diversas antologías de distintos géneros. El más reciente es el libro de relatos *Más allá de sus ojos* (2011), además de la colección de ensayos *Asunto de familia* (2013).

# John William Polidori

BERNARDO RUIZ

¡Vaya viaje!, sus continuas luces y sombras son como los humores de la Luna en la travesía de los círculos celestes. Lo evocaré por siempre: en ocasiones maldiciendo las contradicciones de la vida; otras, en la certidumbre de que viví instantes llenos de deslumbramiento ya no sólo como el médico de cabecera de Lord Byron, sino como el constante testigo de su vida.

De esta forma, me he convertido en una versión contemporánea de James Boswell, el prestigiado admirador y biógrafo del doctor Samuel Johnson. Es momento de presentarme: soy el médico John William Polidori. Egresé de la Universidad de Edimburgo tras defender una tesis acerca del sonambulismo. Tengo veinte años y deseo escribir poesía: esa fuente de visiones grandiosas que a todos seduce e impresiona. A través de ella, el mundo podrá un

día referirse a mí con la misma emoción que se pronuncia “Wordsworth”, “Coleridge”, “Byron” —como si fuera uno de los nombres sagrados de Dios.

Más de uno argüirá que sólo soy un cirujano cejijunto, de aspecto mediterráneo, inquisidor y cordial, cuya finalidad es convertirse en una aburrida celebridad: en suma, la esencia de todo aquello que no quiero ser. ¿Qué quiero ser? Esto: el viajero en que me convertí durante esta travesía a través de una cuarta parte del mundo hasta este lago a unos pasos de Francia y de Italia.

Dejamos Londres el miércoles 24 de abril de 1816 por la mañana con rumbo a Dover, para embarcarnos hacia Ostende, desde donde continuamos —con algunas breves paradas— hasta Waterloo. Durante todo el camino encontramos marcas de los destrozos de la guerra napoleónica que muestran la devastación que dejó a su paso por todo el continente.

No me quejo de la travesía, sólo me molestan las discusiones con Lord Byron, que se queja

de mi escritura. Disfruté varias ciudades, pero me sentí mal al salir de Colonia. Llegué con fiebres a Mannheim, tras cruzar el Rin. Así, desde ese 14 de mayo, viajé enfermo, muy enfermo, con fiebre y desmayos, vértigo y dolor de cabeza. Cinco días después, acusé leve mejoría. El 21 por fin llegamos a territorio suizo. Y el 26 pudimos nadar a la orilla del lago Lemán.

En Cologny, al día siguiente, negociamos el alquiler de la Villa Diodati, desde donde se contempla el lago y la ciudad de Ginebra. Tras algunas pláticas fue posible rentarla, a partir de junio hasta noviembre.

Notaba en mí un humor sombrío. Algo parecido le ocurría a Lord Byron, quien se negó a recibir a distintas amistades los días previos. Decidí dejarlo a solas. Alquilé un bote y remé lago adentro, para luego dejarme ir a la deriva.

Para su fortuna, Milord se encontró con tres conocidos: Percy Bysshe Shelley, Mary W. Godwin, su mujer; y su cuñada Claire Clairmont, quien había tenido amoríos con Byron. Los Shelley se hospedaban en el Hôtel d'Angleterre mas en

junio se mudaron a Campagne Chapuis, a menos de diez minutos de Diodati.

El 28 fuimos invitados a desayunar con el doctor de Roche, un hombre sabio quien me informó que los casos de esa fiebre de origen tifooso que me afectó: "Es una epidemia que llega hasta Moscú".

Relevante es la velada aquella noche, con Mr. Einard: sin mayor ceremonia, fui presentado formalmente al poeta Shelley, a Mary Wollstonecraft Godwin –Ms. Shelley– y a su hermana Claire.

Al día siguiente, cenamos con los tres. También el 30 de mayo fuimos a desayunar con ellos. Percy nos cuenta sus vicisitudes y aventuras con Godwin, el padre de Ms. Mary. (Dice que por una parte pagó las deudas del filósofo; y por la otra, sedujo a su hija.) Y se pregunta por qué no lo puede ver William Godwin. Claire decidió acompañarlos en su viaje.

En fin, sin darme cuenta, ya teníamos incorporado en la corte de Byron al círculo de los Shelley. A partir de entonces desayunamos,

comimos y cenamos casi a diario. También jugábamos cartas, tomábamos el té, asistíamos a sesiones de música en casa de Mr. Odier; y salíamos de paseo —a pie o a caballo— por los alrededores. Hasta el fin de su estancia —en agosto— poco varió esa rutina.

Junio inició bajo augurios extraños: por una parte, Ginebra, oímos, parecía sitiada: había temor por las fiebres. Una chica murió por la tarde del día primero en una agonía de sólo media hora. Por si acaso, vacuné al niño Shelley.

El prolongado invierno se convirtió en mal tiempo. La gente se muestra desconcertada. Las noticias nos llegan con listados de catástrofes en todos los campos de Europa, donde se vaticinan magras cosechas.

Nos parece el fin del mundo. El paisaje lo confirma: las oscuras montañas, la neblina que se asienta blanca, ligera en las colinas de los alrededores y las estrellas y la luz de la Luna en creciente sobre el lago. ¿Es así el fin del mundo?

Frecuentar a los Shelley tiene su precio. En algún momento de exaltación —resultado de una carrera de botes— reté a un duelo a Shelley. Milord respondió que él por Percy con gusto lo aceptaría.

Quise ser parte de esta sociedad y descubro que en el fondo de mí la desprecio. Byron en ocasiones manifiesta igual rechazo. “Son deplorables en sus pequeñas ambiciones y mezquindades”, murmura. Luego, vuelve a lo suyo y se aísla del mundo.

Con Ms. Mary o Ms. Claire, las cosas marcharon distinto. Son cordiales y un poco más jóvenes que yo. De ellas he disfrutado su conversación inteligente y sensible. De Ms. Clairmont, no tengo una clara imagen de varias de sus opiniones o actitudes. Aunque en ella toda inocencia quedó atrás: Claire no ha sido capaz de librarse del estremecimiento con que el fulgor de la mirada de Byron amenaza con consumirla.

En esos vaivenes de las almas y en actividades fútiles transcurrió la tercera parte del mes. El clima empeoró y se cubrieron los cielos. El



lago se mostraba a veces calmo y plomizo; u ocre, lodoso, otras. Para alejarme un poco de la rutina, las noches del 12 y del 13, me quedé en la ciudad, ya que había baile.

Poco duró ese recreo, el sábado 15 fue una jornada fallida: diluvió; y por ayudar a Ms. Shelley—como me había pedido Milord—al saltar un seto, me lastimé un tobillo. Terminé en el sofá, ayudado por Byron, quien trajo una almohada para mi pie. Tuve el desacierto de decirle: “No pensé que usted tuviera tantos sentimientos”. Mary me fulminó con la mirada.

Percy Bysshe conversó conmigo. Sus comentarios sobre Cajetan son poco favorables. Más tarde los poetas tuvieron una conversación respecto al principio de la vida, el galvanismo y una serie de preguntas filosóficas, difíciles de responder. Ms. Shelley, a todo atenta.

El 16 la he pasado en cama escuchando la lluvia. Por la tarde, los Shelley se quedaron a dormir en la villa. Antes, para distraernos leímos partes de *Fantasmagoriana*, historias que hablan de apariciones, espectros y revinientes.

El guante de Byron cayó en la mesa con el reto para todos de escribir un relato con temas terroríficos durante los próximos días.

Al día siguiente fuimos a la ciudad y a cenar en casa de los Shelley. Más tarde a un baile con Mme. Odier. Intenté unos pasos, pero el dolor del tobillo fue instantáneo, como un estallido de mortero. No había aún iniciado mi relato; en cambio, los demás ya tenían un primer avance.

Finalmente, el 18, comencé mi narración por la tarde. Bosquejo un destino fatal para mi protagonista. Mary me dijo, oh, paradoja, que soy su pequeño hermano.

En un arrebato, Percy B. comenzó a recitar una parte de *Christabel*, un poema que Coleridge está por publicar. Me pareció un poema extraordinario. Hablamos a partir de la medianoche acerca de fantasmagorías. Byron decidió repetir algunos de los versos de *Christabel*: los que se refieren al pecho de la bruja.

Para nuestro azoro, Percy se levantó conmocionado, gritaba y sostenía entre las manos su cabeza. Le eché agua en la cara y le di a oler

éter. Veía a Mary con desconcierto y evocó que le habían hablado acerca de una mujer que tenía ojos en lugar de pezones. La imagen al poseionarse de su mente lo horrorizaba. Tardó un poco en tranquilizarse. Vaya exaltación esa noche.

Los subsecuentes días estuve encerrado. Algo avanzó mi historia, algo mejoró mi tobillo. Poco escribieron los demás, sólo Ms. Mary y yo nos concentramos en nuestra tarea. A Claire no le interesaba retomar su texto. Shelley abandonó sus pocos versos. El tema de Byron es fascinante: se refiere a un Lord de una perversidad ejemplar. Quizás un vampiro al que debe jurarse fidelidad.

Conforme los días se sucedieron, y me recuperaba, traté de volver a mi agenda con las relaciones con quienes mantenía trato. A la par, creció mi amistad con Mary y Claire.

Por su parte, Shelley y Byron fueron a Vevey por unos días —y a su regreso noté cómo nos habíamos distanciados—. Olvidados los relatos comprometidos los días previos, ya no quisieron saber más de ellos. Yo continué durante

julio con mi historia y mis visitas a Claire y Mary, y a mis otros conocidos.

Las lluvias, las rutinas previas continuaron hasta finales de agosto, y sólo fueron relevantes en mi vida un par de disputas más con Shelley. Quedaron en eso: arranques de ira. A finales de agosto lo despedimos junto con su familia.

Tras su partida, decidí separarme de Milord, en los mejores términos posibles. De este modo, terminó una etapa de mi vida llena de decepciones y descubrimientos. Me iré a Italia.

Así, el lunes 16 de septiembre a las seis de la mañana dejé para siempre Villa Diodati, Cologny, Ginebra, aquel lago magnífico, y aquellas montañas de Jura, que llevaré siempre conmigo, junto con mi angustia; y, tatuado con fuego en la memoria, el recuerdo del juramento al vampiro que en adelante nunca me abandonará.



Richard Rothwell, *Portrait of Mary Shelley*, 1840.

Rosa Beltrán (Ciudad de México, 1960). Es novelista, cuentista, ensayista, traductora y fundadora de varias colecciones literarias. Es autora de las novelas *El cuerpo expuesto* (2013), *Alta infidelidad* (2006) y *La corte de los ilusos* (Premio Planeta 1995), así como de los volúmenes de cuentos *Optimistas* (2006) y *Amores que matan* (1996). Ha sido traducida al inglés, francés, italiano, holandés y esloveno y sus cuentos aparecen en numerosas antologías de distintos países. Es directora de Literatura de la UNAM y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

# Mary Shelley

ROSA BELTRÁN

En el verano de 1816, sólo tenía dieciocho años. Lo recuerdo ahora, mucho tiempo después. Desde la dimensión en que estoy, reproduciendo lo más fielmente posible aquel verano terrible, tan fielmente que ustedes creerán que en este momento estamos en aquel otro, me propongo decirles exactamente lo que sentí y pensé, sin importarme que estos tres caballeros, tan caros a mi vida de entonces, puedan contradecirme. La vida no sólo ocurre en una dimensión. Y no sólo ocurre una vez, sino que está ocurriendo todo el tiempo. Empezaré por hablarles de una sensación. Lo que sucedió aquel verano sin verano cambió mi existencia y, sin embargo, qué raro, el recuerdo más nítido que tengo es un clima y un paisaje. Lo que queda en mí de aquella noche es esa grisura y ese frío clavado en los huesos.

Las condiciones climáticas eran extraordinarias. El Monte Tambora había hecho erupción y eso era lo que provocaba los vientos encontrados y que la tormenta pareciera acercarse desde donde quiera que estuviéramos. Nunca me enfrenté a un paisaje más desolador; un valle inacabable cubierto de nieve del que sobresalía sólo la punta de unos pinos gigantes. ¿Se imaginan la erupción de un volcán de tal magnitud que cambiara el clima entero de más de un continente? ¿Se imaginan viajar a Ginebra, esperando compartir los días agradables de un verano en una terraza y encontrar en cambio un paisaje permanentemente helado y oscuro? Nieve, vientos encontrados. Durante el trayecto no hubo nada más. Ni piedras ni ríos donde detener los ojos. Eso es lo que recuerdo.

Aunque Percy decidió instalarse en un hotel vecino, Byron nos hizo trasladarnos a Villa Diodati, donde podríamos quedarnos a pasar unos días. Y eso hicimos. Charlábamos a la luz de las velas. No me parecía fascinante; no opinaba como ellos. Byron era el más insistente, había



escrito sobre tormentas y castillos embrujados, y quería que escribiéramos una historia de aparecidos. Tenía obsesión por el castillo de Chillon, en Suiza, cercano adonde estábamos. En ese castillo, atado a una argolla de hierro, un partisano permaneció preso por tres años sin ver la luz del día. A él le parecía hechizante la historia, escribiría sobre ella. Percy, mi marido, era de opinión parecida. Ambos adoraban el “delicioso temor”. Así lo llamaban. En esa ocasión se trataba del delicioso temor de una noche como esa. ¿No me parecía ideal? No, no me lo parecía. Porque yo temía, no sé qué. Siempre tuve miedo. No miedo al más allá o a los fantasmas, a todo eso con lo que ellos jugaban y cuyo temor adjudican a las mujeres. Yo tenía un miedo real, concreto. Ellos tres se divertían al asustarse con teorías extrañas, con poemas malignos sobre seres míticos, como aquella Lamia, la serpiente que viene por Christabel y a la que Percy imaginó como una mujer con ojos en los pezones. Eran niños jugando a meterse miedo mediante sus historias

de aparecidos. Y algo que no les han dicho: bebían. Ingerían... sustancias, llamémoslas así. Se las proporcionaba Polidori, en su calidad de médico. Y conforme pasaban las horas serían capaces de beber más, de hablar mucho más, de imaginar situaciones imposibles para llegar adonde fuera. Yo lo sabía, Byron había hecho cosas temerarias en sus viajes sin medir las consecuencias de sus actos. ¿Que si lo admiraba? Sí, pero no tanto como él suponía. Soy hija de Mary Wollstonecraft, una mujer que en el siglo XVIII vivía como escritora profesional e independiente en Londres. Al decir "vivía" no me refiero a que lo hiciera como el rico heredero que era Byron, no lo hacía con sus lujos, pero era capaz de ganarse la existencia, algo que ninguna otra mujer de su clase hacía en ese entonces, y esto se le olvidaba a mi amigo George, que era incapaz de imaginar que alguien pudiera pasar los días haciendo cosas que le disgustan para ganarse el sustento y el techo. Y, claro, él que habitaba en su imaginación y sus poemas no podía pensar que un día

no se pareciera a otro ni pensaba que la época que se vive nos limita en buena medida a hacer lo que hacemos. No se vive igual en un cuerpo de mujer que en uno de hombre. Y por eso sé que para él las fechas no significaban nada, sobre todo en un tiempo como ese, el de aquella noche, un tiempo que creía que los seres humanos habíamos encontrado la libertad y que sólo a través de la pasión desbordada se podía vivir una vida verdadera. Que sólo así se debía vivirla. Pero hay años que no se olvidan y para mí, además de 1816, el año de 1792 marcaría para siempre mi existencia aunque para entonces yo todavía no hubiera nacido. Fue el año en que mi madre escribió *Vindicación de los derechos de la mujer*, aquel libro que le causaría tantos dolores de cabeza. Por ese libro aprendí que las mujeres no somos por naturaleza inferiores al hombre, sino que parecemos serlo porque no recibimos la misma educación. Y ya me dirán ustedes si no es cierto. George Gordon Byron, sexto barón de Byron, estudió primero en Harrow y después,

de joven, en la Universidad de Cambridge. Mi madre en cambio tuvo un padre borracho y gastador. Mi abuelo la obligó a *gastarse* su fortuna antes de tiempo, es decir, que la dejó sin ninguna. ¿Y qué podía hacer una mujer de su condición social en la Inglaterra de su tiempo? Pues lo que hizo. Intentar con unas amigas suyas fundar una escuelita que fracasó, ser dama de compañía de una *señora bien* en Bath, cosa que no resistió, y trabajar de institutriz en Irlanda, por cuarenta libras, para los Kingsborough, tarea que realizó durante todo el tiempo que pudo hasta que la corrieron. ¿Que por qué despidieron a mi madre, pese al empeño que puso y a su magnífico sentido de la educación? Porque mientras la señora Kingsborough se ausentaba de sus hijas por largos periodos con su marido —cosa bastante normal— y cuando no se ausentaba en vez de entretenerse con ellas se entretenía con sus perritos —cosa también normal—, mi madre enseñó a las dos niñas a su cargo algo terrible y nada normal. Las enseñó a pensar. Pues bien,

soy hija de esa mujer que murió a los once días de haberme dado a luz, quien dejó un famoso estudio: “La desafiante situación de las mujeres educadas de forma moderna y que se han quedado sin fortuna”, por el que supe, además de por las conversaciones con mi padre, lo que les acabo de contar. Dirán que esto no tiene que ver con lo que pasó aquella noche en Villa Diodati, pero se equivocan. Tuvo que ver y mucho. Como tuvo que ver también el que yo hubiera crecido con mis dos hermanas (Fanny y Jane o Claire), la primera de ellas hija de mi madre con otro señor, niña que mi madre tuvo siendo aún soltera y que mi padre adoptó como hija suya sin problema y a quien siempre llamé “hermana”. Ojo, no la llamé hermanastra, ni media hermana. Nada ni remotamente parecido a *monstruo* o *criatura*. Lo de *criatura* suena familiar, ¿verdad? Así eran llamadas las hijas concebidas fuera del matrimonio.

Mi padre se preocupó porque las tres tuviéramos una espléndida educación. Es decir, no nos envió a la escuela. Eso también me marcó y

por eso traigo a mi padre, William Godwin, a esta noche en Villa Diodati. Él también tuvo una hija con la viuda Mary Jane Clairmont, con quien se casó tras la muerte de su primera esposa. Y esa hermana mía, Jane o Claire, se hizo amante de ¿quién creen? Sí, de Lord Byron.

Hemos sido acusadas de muchas cosas, sobre todo de haber tenido esa educación. Yo me enamoré de Percy Shelley a pesar de que era casado y a los dos meses de haberlo conocido me fugué a Londres con él. Claire se fugó con nosotros. Pero Fanny, que se quedó en casa como debía hacerlo una buena chica con buena educación, se suicidó. Se envenenó con láudano. Y dos años después la esposa de Shelley, Harriet Westbrook, se suicidó también. Yo entonces tenía dieciséis años.

Así que si me preguntan si los cuentos de fantasmas con que pasaban el rato ellos tres me daban miedo les diré que no. A mí me daban miedo otras cosas.

Me dio miedo, por ejemplo, el juego que empecé a descubrir, entre los tres. A Polidori,

George Gordon comenzó a decirle Polly Dolly, y mi querido Percy, en vez de reprobarlo, lo festejó. ¿En quién convertimos a otro cuando le cambiamos el nombre? ¿Y qué esperamos que ocurra con esa transformación?

Pensé que no importa en qué convirtamos al otro siempre y cuando nos hagamos responsables de ello. La incapacidad de hacernos cargo de aquel otro que construimos es lo que debería darnos miedo. Pensé en Fanny y en Harriet. ¿Hasta qué punto las habíamos convertido en eso en lo que se convirtieron, unas suicidas? ¿Y por qué Byron y Shelley nos dejaban fuera a William y a mí? ¿En qué nos estaban convirtiendo?

A medida que los días pasaban comenzó a oscurecer más temprano y las fechas comenzaron a llegar sin que pudiéramos decir que había amanecido, como si el Sol se estuviera extinguiendo. Nos vimos obligados a encender las velas desde mediodía, y las conversaciones se fueron tornando ya no fantasmagóricas sino sombrías, siniestras. Ante lo que empezó a ser

un vaticinio de muerte, Byron comenzó a hablar de los principios de la animación recién descubiertos, es decir, empezó a hablar de la vida, de otra forma de vida. Polidori intervino. Como médico en funciones, aportó sus conocimientos desde el punto de vista científico y habló de galvanismo. Byron se burló de su aproximación timorata. Dijo que, sobre todo, era poco poética. El principio de la vida tenía que ver con algo extraordinario, con algo grandioso, citó a Coleridge y su idea de un Dios cósmico, y al comprobar que en efecto William y yo habíamos quedado fuera, sentí el verdadero miedo. Me había mantenido silenciosa, escuchando el sordo rugir de la tormenta, mirando la cicatriz eléctrica de los rayos que caían a lo lejos.

Y pensé: para qué. Para qué seguir en una reunión, para qué seguir en una vida donde uno no es bienvenido. Nos retiramos a dormir. Lo último que había dicho George, después de perseguir a Percy con las imágenes de Christabel y permitir que yo me retirara, fue que no olvidara el compromiso: deberíamos escribir



cada uno una historia *Fantasmagoriana*. El término venía de los relatos alemanes de terror que a él le encantaban.

Esa noche en la cama no pude dormir, ni puedo decir siquiera que pensara. Me limitaba a dar vueltas en el lecho con los ojos cerrados. De pronto, la imaginación se apoderó de mi voluntad y mi conciencia. Y en un momento me hizo ver al pálido estudiante de medicina del que todos se burlaban, arrodillado frente a la criatura que había unido con partes de otro cuerpo y a la que le había dado vida. Lo único que sabía, al verla dar sus primeros, torpes pasos, es que no podría hacerse responsable de ella. Así nació la criatura del doctor Frankenstein y *Frankenstein* el libro. Así nació también Mary Shelley para el mundo.

A veces he pensado que esa criatura soy yo. Un ser impertinente, en el sentido literal, alguien que no pertenece. Un ser que aun siendo por naturaleza bueno, no merece amor, ni cabe en ninguna parte. Alguien que mata lo que ama sin saber por qué y a quien de cualquier

modo abandonarán. Si les parecen pocas las semejanzas les diré que mi amado esposo se ahogó poco después. Teníamos ocho años de habernos conocido.

# Índice

Presentación	7
<i>Frankenstein</i>	
El nacimiento del monstruo	
<i>Roberto Coria</i>	11
Lord Byron	
<i>Vicente Quirarte</i>	17
Percy B. Shelley	
<i>Hernán Lara Zavala</i>	27
John William Polidori	
<i>Bernardo Ruiz</i>	43
Mary Shelley	
<i>Rosa Beltrán</i>	55



*El nacimiento del monstruo. Verano de 1816 en Villa Diodati,*  
editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación  
de Difusión Cultural de la UNAM,

se terminó de imprimir el 28 de octubre de 2016  
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,  
Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco,  
C.P. 52170, Metepec, Estado de México.

Se tiraron 500 ejemplares en papel cultural de 90 gr.  
La composición se realizó en tipo Filosofía 12:16 puntos.

Impresión en offset. La edición estuvo al cuidado  
de Martha Santos.